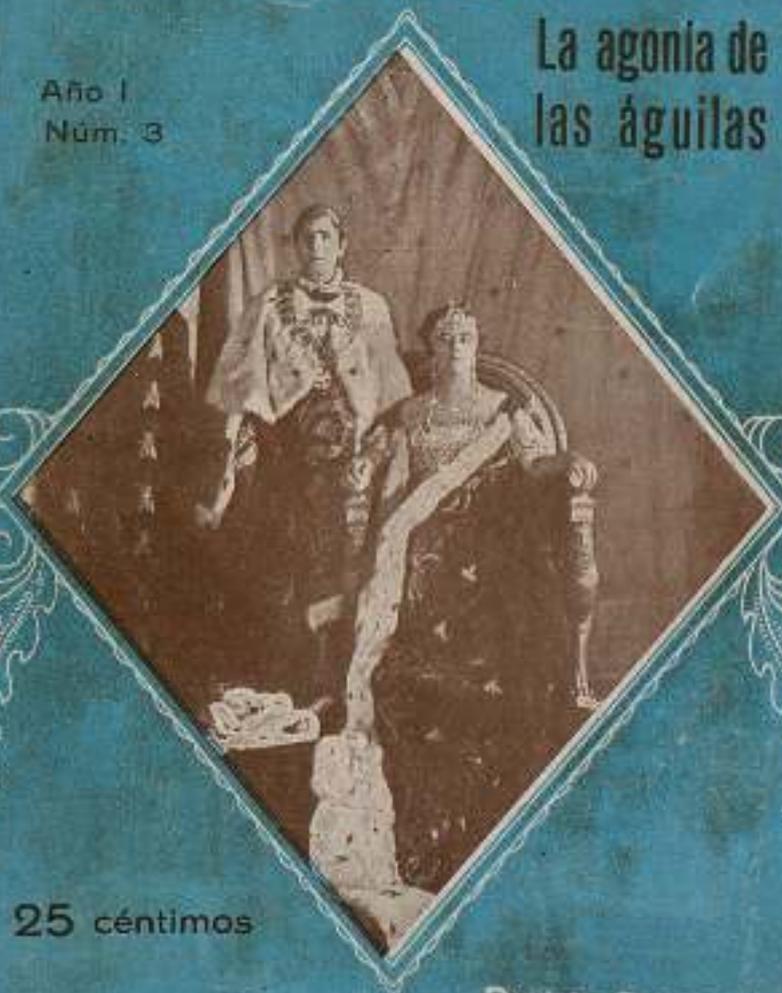


Novela Popular Cinematográfica

Año I
Núm. 3

La agonía de
las águilas



25 céntimos

Revista Semanal

LA AGONÍA DE LAS AGUILAS

LIBRO PRIMERO

EL REY DE ROMA

I

Había llegado el ocaso de Napoleón. Inglaterra le tenía prisionero en tanto que su único hijo, prisionero también, se encontraba en Austria. También estaba en Austria María-Luisa, la ex emperatriz de los franceses, que allí se llamaba y era solamente princesa austriaca.

Al águila imperial, que se había paseado triunfalmente por toda Europa, le había llegado la hora de la amargura. Napoleón estaba, preso, vigilado, en una isla, y su único hijo, que había sido nombrado rey de Roma cuando apenas nació, se encontraba, podríamos decir que encarcelado, en el Palacio de Schoenbrun, en la corte de su abuelo, el Emperador de Austria; en tanto que en Francia, en la Francia Imperial, reinaba Luis XVIII, el cual había disuelto, como primera providencia, el «gran ejército» napoleónico.

Lejanas estaban las glorias del Emperador y de sus huestes, no obstante haber pasado tan pocos años. Las gentes, en su mayoría, habían olvidado al Emperador, que sufría en su destierro; a la Emperatriz, que había vuelto junto a su padre, y al

hijo de ambos, al Rey de Roma, que tenía por carcelero, en Schoenbrun, a Metternich, Canciller de Austria.

Solamente unos pocos oficiales del ejército imperial, muy pocos, conservaban vivo el recuerdo del pasado, y le rendían culto. Solamente unos pocos continuaban adictos a Napoleón.

Cuando Luis XVIII disolvió el «gran ejército» redujo a la mitad la paga de todos los oficiales que no se adhirieron a las tropas por él creadas. De modo que todos los oficiales que seguían adictos al Emperador desterrado, eran hasta conocidos por este hecho. Vulgarmente se les llamaba, en efecto, «los media paga». Pero lo que nadie sabía era que estos oficiales, fanáticos del Emperador caído, se habían unido en una hermandad de culto a su héroe, y que se habían juramentado para consagrar todas sus energías, todas sus fuerzas y toda su sangre, al cumplimiento de un deber, para ellos sagrado; el de restaurar el trono imperial caído.

Con este propósito, los jefes de esta especie de complot se reunían secretamente en París. Presidía estas reuniones el coronel Montander, un hombre para quien no existía nada digno de merecer su atención. No había para él, en el mundo, nada más que el Emperador.

Estos oficiales, valiéndose quien sabe de qué medios, habían logrado ponerse al habla con Napoleón y con su hijo, el Rey de Roma, llevando de uno a otro comunicaciones, como asimismo la expresión más tierna del cariño que se tenían.

En unas de estas reuniones de «los media-paga», el coronel Montander comunicó a los demás que el Emperador le había confiado una misión para el Rey de Roma; que había que partir, por lo tanto, para Austria a llevarla, y que necesitaba que le acompañaran dos hombres más.

Se dispuso el viaje sin demora. Ya van camino de Schoenbrun...

En esta ciudad, olvidado, aislado y despreciado de todos, se encuentra el hijo del audaz Emperador. Pero como hijo suyo, sueña con grandes hazañas y con grandes victorias. Sus juegos predilectos son siempre sobre un mapa-mundi desplegado, sobre el cual hace maniobrar, de un lado para otro, a sus soldados de plomo. Y desfilan ante su vista, como en un sueño, las más extraordinarias fantasías épicas.

Cada día, cuando llegan las primeras horas de la tarde, se escapa del palacio, de su prisión, y huye, embarcado en una lancha, hacia una pequeña isla enclavada en el centro de un grandioso y misterioso lago. Es ésta una isla un poco artificial. Tiene grandes montañas quebradas, ásperas y pinas, como una pared; y hay en ella cuevas, agujeros propicios para las alimañas. Está sembrada de arbustos de todas clases y crecen hierbas exóticas. Hay también la espesura de un bosque de árboles seculares. Y en el laberinto de esta isla, en una de sus cuevas, el Rey de Roma tiene su ejército, con el que juega y se distrae.

He aquí que ya han llegado Montander y sus compañeros. Se ve que saben que el hijo del Emperador visita esta isla. Le esperan, llega él, se le presentan, hablan.

Montander le explica la misión que le trae de su padre y luego le pide un rizo de sus cabellos que el Emperador le encargó le llevara. Después, le pregunta si tiene alguna cosa que comunicar a su padre.

Habla entonces el pequeño Rey de Roma. Cuenta su pena; dice que le tratan con mucha dureza; dice que le han cambiado el nombre, que ya no le llaman Rey, sino Duque de Reichstadt;

dice que todos los que le rodean le aseguran que su padre es un bandido, un malhechor, un enamorado de la guerra y de la destrucción.

—Decidle a mi padre—termina—todo esto que os cuento, y vosotros que le conocéis, contadme algo de él, habládme de sus hazañas, de sus triunfos; decidme cómo es, cómo piensa, qué hace, cuál fué su vida, cómo se portó en las batallas, de qué manera consiguió tantas victorias, por qué adversidad de su destino llegó a encontrarse en la situación en que se ve actualmente...

Sentados en un banco del jardín, están Montander y el pequeño hijo de Napoleón. Los otros dos oficiales hacen guardia, para no ser sorprendidos.

Habla ahora Montander. El Rey de Roma le escucha atentamente. Y le embarga una honda, una profunda emoción.

Niega Montander todas aquellas maldades que le achacan a su Emperador. Afirma que era valiente hasta la temeridad, y que durante veinte años paseó a través del mundo las águilas imperiales.

II

El Rey de Roma sigue sentado en el banco del jardín, sobre el cual reina una paz de sepulcro. Insiste para que Montander le cuente más historias del caído Imperio. Y éste, sentado a su lado, trata de revivir, ante los ojos del muchacho, todo el pasado de su padre y de las tropas de su padre, a las que él está orgulloso de haber pertenecido.

Desfilan, pues, por virtud de la cálida y ardorosa palabra del coronel, ante la vista del muchacho, que sueña en emular las glorias de su padre, todo un mundo de combates sangrientos: Arcole, Marengo, Austerlitz, Iena, Wagram, en los cua-

les las tropas de Napoleón quedaron victoriosas.

Cuenta luego Montander los entreactos de entre batalla y batalla, los periodos de descanso, cuando se reunían alrededor del trono imperial, en Fontainebleau, las mujeres más hermosas de Europa y los hombres más valientes, los cuales rendían culto de admiración al imperio francés y a sus victorias, de las que era máximo creador el Emperador.

Y todo esto que Montander cuenta, con calor y con entusiasmo, el pequeño Rey de Roma lo ve, porque todo va desfilando ante sus ojos, los cuales miran fijamente hacia un punto lejano del horizonte, con una mirada tan penetrante, que nada se le oculta.

Montander, sugestionado él mismo por sus recuerdos, sigue hablando. Tiene también perdida la mirada en la lejanía. Ahora habla de cuando llegaron los días de adversidad y de angustia; de cuando, a través de las nevadas estepas de Rusia, tan extensas y tan llanas y tan poéticas, caminaban hambrientos, extenuados y desesperados; cuando, con dolor para el alma de todos, quién sabe por qué fatalidad, sufrieron la primera derrota. Cuenta que hasta el mismo Emperador, que era incansable, se cansó en aquella caminata de éxodo por las llanuras nevadas. Cuenta que el frío era intenso, insufrible hasta el punto que muchos soldados, temblorosos, para calentarse tuvieron que quemar sus banderas de seda, en las que estaban bordadas las águilas...

Luego habla de una fecha inolvidable: del 20 de abril de 1814. Día fatal para el Imperio. Porque en aquel mismo Palacio de Fontainebleau, desde donde hasta aquel día había dictado los códigos para la justicia y para la paz de Europa, viéndose abandonado de la mayor parte de los que había

llevado a la consecución de la gloria y de los más altos honores, delante de los hombres valientes y tenaces de su vieja guardia que aun le permanecían siendo fieles, él, que era el Aguila, se despidió de sus soldados.

—Bajó del Palacio — continúa diciendo Montander, — nos dirigió la palabra, que no era tan vibrante como otras veces, que estaba velada por la angustia de la separación. Nosotros le ofrecimos nuestras vidas. El nos habló de nuestro deber, que era el de seguir luchando sin lamentar su suerte. Per oestos consejos no eran, para nosotros, consoladores. Desfiló por entre todos sus soldados y, como no podía abrazarlos a todos, dió un abrazo a nuestro general. Era el abrazo de despedida.

El muchacho escucha sin parpadear. Montander habla como si hablara consigo mismo. Todavía continúa recordando lo que pasó aquel día histórico. Se ve que sufre al traer a su memoria aquel acontecimiento, pero se advierte que hay también un goce en su sufrimiento. Sabido es que hay tormentos deliciosos. El coronel Montander, ante el Rey de Roma se estaba atormentando deliciosamente, al recordar y contar esta historia de las proezas de Napoleón, en las que él tomó parte, y al hablar del ocaso del Imperio, del destierro de su ídolo, de su propia situación de conspirador, de su vida actual, dedicada aún por completo a la causa del Emperador.

El jardín sigue en calma; solamente algunas pequeñas ráfagas de viento mueven la alta copa de los árboles.

Ha llegado ya al final de su relato. Refiere las últimas y penosas derrotas, los postreros abandonos, la batalla que acabó con el águila: Waterloo. Y luego el destierro a una isla malsana, lejos del país por la grandeza del cual tanto había luchado.

—El está allá en Santa Elena, con el corazón destrozado, pero nosotros en París, trabajamos, conspiramos — acabó diciendo el coronel.

III

En el palacio de Schoenbrun se han dado cuenta de la ausencia del pequeño. Salen en su busca.

En la isla, los conspiradores se despiden de él y huyen. Vuelve el muchacho en la lancha. Nadie sabrá lo que ha ocurrido. ¿Nadie? Unas palabras suyas, al entrar, dirigidas a su madre, que está rodeada de todas las gentes de palacio, son significativas aunque también misteriosas. Sólo dice:

—Me habéis engañado... Ahora sé...

También los que salieron en su busca han visto y perseguido, aunque sin éxito, a los conspiradores. Nadie, pues, sabrá, en concreto, lo acontecido.

Días después de esta escena, el 4 de mayo de 1821, que fué en la isla de Santa Elena un día de pavorosa tempestad, moría, abandonado de todos, Napoleón, el que fué un día dueño de toda Europa. Llevaba ya el Emperador seis largos años de sufrimiento.

En este día de tempestad empezó su agonía. En este día murió. Sólo tenía, cerca de sí, un retrato de su hijo y un mapa del mundo. Se percató de que era llegada la hora de su muerte. Dió algunas disposiciones, muy pocas, referentes a su entierro y acerca del porvenir de su hijo y, delirando últimamente, con órdenes al ejército y con voces de mando, murió.

Cuando la noticia de su muerte llegó a París, se reunieron, como de costumbre en la casa del coronel Montander, todos los conspiradores. Y éste, con voz velada por la pena, habló de que no todo

había terminado con la desaparición del Emperador; de que aun les quedaba una enorme tarea por hacer; de que todavía tenían muchas cosas que realizar. Entre ellas, una primordial: Poner en el trono del águila a su pequeño descendiente.

Los conspiradores asintieron a las palabras de su jefe. Y cada uno por sí, en todo momento y ocasión, trabaja ahora, ensanchando las ramificaciones del complot. Nada les importa la persecución de la policía que los acosa insistentemente; nada les importa tampoco el peligro en que se hallan; nada, en fin, temen.

De entre todos los conspiradores, se distingue, por su valentía, por su autoridad, por su corazón indomable, el comandante Deguerreu. Es un hombre de una pieza. Franco, noble, sencillo. Le acompaña siempre su asistente, llamado Goglü, que le es fiel hasta un extremo inconcebible. Goglü tiene un rostro de fiera y es, al propio tiempo, un hombre extraordinariamente simpático. Terrible enemigo, por otra parte, para todos los adversarios de su comandante.

Viven en una habitación miserable donde no hay ni una silla ni una mesa aprovechables. Tampoco tienen ninguna mujer que les cuide y se ve que ellos mismos se lavan la ropa y se hacen la comida. Pero están contentos de su suerte. La fidelidad que guardan para la causa del Emperador, les llena de alegría y de felicidad. Charlan constantemente de sus planes y hay entre ellos una camaradería poco frecuente.

Ahora están en uno de sus momentos más comunicativos. Goglü hace algunas tareas femeninas en un rincón, y parece que, entre labios, calladamente, canta. El comandante limpia pausadamente un arma.

Llaman a la puerta. Goglü abre. Entra un ofi-

cial vestido con lujo. Goglü no le saluda. Su comandante le riñe por su desatención. Pero Goglü no se muestra disgustado por ello.

Tiene sus razones para no saludar: aquel oficial se ha pasado a los ejércitos del Rey Luis XVIII; y él, en cuanto lo ha visto vestido de aquel modo, se lo ha imaginado. Así es, en efecto. Pronto lo sabe también el comandante; el mismo oficial se lo dice, alegando infinitas y diversas disculpas. Pero Deguerreu no las atiende. Le reprocha, por el contrario, su falta de seriedad.

Hay en el ambiente una violencia pronta a estallar. El oficial no sabe qué hacer ni qué decir. Deguerreu continúa sus reproches. Al fin, su interlocutor explica el motivo de su visita. Le trae un pliego, que le entrega, del ministro de la Guerra. Se ve que quieren llevarse a las tropas reales a Deguerreu. Pero éste devuelve el pliego con repugnancia. El oficial insiste para que acepte. Entonces el comandante coge el pliego, lo rompe con violencia y lo arroja al suelo con desprecio.

Después, pone en las manos del oficial los objetos que ha dejado en una silla y le acompaña hasta la puerta. La escena es de una dignidad majestuosa.

Goglü, desde su rincón, goza ante lo que ocurre. Su cara fiera y simpática está llena de satisfacción. Y hay en su rostro una admiración hacia su comandante rayana en la idolatría. Riendo, se acerca a la puerta por donde el oficial ha salido y le despide con una frase hiriente, henchida de sarcasmo.

IV

Otro de los conspiradores es el viejo comandante Thierry, que quedó ciego en la batalla de

Austerlitz. Acostumbra ir a los jardines de las Tubercias, donde acompañándose con un raro instrumento musical, canta bellas canciones que son el encanto de las grisetitas, las cuales no cesan de festejar al viejo ciego al que adoran. Y como han visto que muchas veces le persigue la policía, estas muchachas desprecian y se burlan de los perseguidores.

Acostumbran a ir por estos jardines otros muchos conspiradores, los cuales recurren a los medios más inverosímiles para hacer propaganda en pro de la causa del Emperador. Uno de estos medios es dibujar el sombrero imperial en la arena. Y lo dibujan por todas partes, especialmente junto a los bancos en los que hay sentados soldados del Rey Luis.

El teniente Chambuque, que es uno de los que más constantemente se dedica a esta clase de propaganda, la hace también ante los niños, a los cuales enseña el retrato del hijo de Napoleón, contándoles que es un desgraciado y que deben amarlo y traerlo a Francia cuando sean mayores, si es que para entonces aun no ha sido traído y puesto en el trono. El teniente Chambuque, además, se acerca siempre a los niños, porque, no obstante su aspecto rudo, tiene un corazón tierno y ama a la infancia.

He aquí que ya está entre un grupo de muchachos, jugando con ellos.

Un joven dandy, que ensaya un nuevo juguete, empuja y hace caer a uno de los chicos. El teniente obliga a este tipo a dar sus excusas a la chiquillería. Y entonces, toda la bandada muchachil y juguetona le rodea. El los acaricia formando un cuadro encantador. Entonces, recuerda su propaganda. Ya tiene en sus manos el retrato del pe-

queño Rey de Roma; ya lo muestra; ya dice que deben quererle mucho.

Aparte de reunirse, para los acuerdos graves, en la morada del coronel, solían verse con frecuencia, casi diariamente, los conspiradores, en un café no muy frecuentado. Pero pronto empezó a ir allí tanta policía como conspiradores.

En este café se hablaba cada día de los que habían traicionado la causa y se planeaban los más estupendos desafíos para acabar con ellos. El comandante Doguereau era quien más tarjetas de duelo repartía. Y hombre que se ponía frente a él era hombre muerto. Ya que no de otro modo, iban haciendo desaparecer así a muchos traidores. Doguereau tenía siempre una frase feliz para expresar este juego trágico.

Pero como era un hombre sediento de justicia, le parecían muy mal los duelos estúpidos, provocados contra alguien que no fuera un verdadero enemigo. Procuraba, haciendo esfuerzos contrarios a su temperamento, que duelos de esta naturaleza no llegaran a realizarse.

Ahora mismo el teniente Chambuque ha provocado, en el café, a un infeliz, Doguereau, que ha presenciado la escena, riñe al teniente y le dice que las armas deben guardarse para otros enemigos.

Y luego, con un esfuerzo de aquellos que, visiblemente, le contrarian, presenta las disculpas al pobre hombre a quien Chambuque había desafiado.

Las numerosas personas que hay en el café han presenciado la escena; han visto el gesto, la mirada, la actitud digna de Doguereau. Y ha cruzado, imponiéndose a todos, una ráfaga de admiración.

Los policías se han sentido avergonzados ante aquel hombre a quien persiguen. Aquella nobleza les anonada.

Goglu se siente satisfecho de su comandante. Hay en todo él una alegría extraordinaria. Está orgulloso de servir a tal señor. Pasea su mirada por todos los ámbitos del local como buscando la aprobación unánime para lo que su comandante ha hecho. Está seguro de que nada de aquello puede desaprobarse. Y sabe, acompañando a su señor, con una actitud enfática, un tanto desdenosa para todos los demás. El comandante, sereno, altivo, abandona el café, seguido por la mirada de todas aquellas gentes, poco acostumbradas a encontrarse frente a un hombre tan cabal y tan digno.

V

Esta noche hay función de gala en la Opera. Es a la única distracción a que no han renunciado los conspiradores. Siempre que se celebra alguna fiesta extraordinaria en la Opera, desde el coronel hasta Goglu, asisten.

Montander cuenta, entre las bailarinas, con grandes simpatías. Le admiran, y casi siempre que le tienen entre ellas se obligan a contar las batallas napoleónicas en que tomó parte, las hazañas del Emperador, las victorias, las marchas triunfales. Y él, con su voz cálida, que ya conocemos, hace revivir, ante aquellas muchachas, todo el pasado glorioso de Napoleón.

Lise Charney, primera bailarina de la Opera, joven de una belleza extraordinaria, sostiene relaciones amorosas con Pascal de Breuille, subteniente de guardias del cuerpo de S. M. Luis XVIII; pero, no obstante esta circunstancia, se siente atraída, invenciblemente, como una mariposa por la luz, por las narraciones heroicas que refiere el coronel Montander, que es para ella un soldado distinguido y melancólico.

Aquí está, rodeada de todas las demás bailarinas, escuchando la palabra ardorosa y evocadora del coronel.

Cuando él está hablando, entra en la sala el prefecto de policía, que también gusta de olvidar las preocupaciones de su cargo, distrayéndose con las bellas muchachas de la Opera. Se acerca al grupo y ve, por primera vez, pues aun no lo conocía, al coronel Montander, este hombre peligroso que tanto preocupa e inquieta al gobierno del Rey Luis.

Oye con desagrado parte del relato que las muchachas, atentas, escuchan, y se retira, un tanto molesto. También se han acercado al grupo unos cuantos jóvenes dandys, que acaban por burlarse del coronel. Y la burla crece cuando un oficial del Rey se atreve a expresarla de un modo ruidoso.

El coronel, dignamente, se separa de las muchachas y da, a aquel joven, una terrible lección de cortesía. Todos la presencian. Es un gesto que se impone.

Y Lise, la bella primera bailarina, arrasada por la dolorosa simpatía que emana del coronel, corre a felicitarle por haber defendido tan bien y tan gallardamente a su Emperador.

Las propagandas de los conspiradores van produciendo su efecto. Del mismo modo que el teniente Chambuque se gana la simpatía de los niños y el coronel Montander la de las muchachas que escuchan sus relatos, otros conspiradores han llevado su influencia hasta los alumnos de las Grandes Escuelas, cuya infancia había sido deslumbrada por la gloria de las águilas, haciéndoles recordar ahora la causa del Emperador.

Y otros, todavía, burlando las amenazas y las órdenes de la Academia de París, logran que en sus salones, la juventud aclame la causa de los

defensores de Napoleón y vea con agrado la propaganda que realizan los conspiradores.

Pero una amenaza se cierne sobre las cabezas de todos los «media-paga».

Alguien se ha acercado al prefecto de policía y le ha dicho que una mujer de teatro, amiga del subteniente Breuilly, podrá acaso, si se sabe encaminar el complot, entregarlos cuando pueda probarseles algún delito.

Una sorda conspiración va a empezar contra la otra. Pero esta de ahora es menos noble, más solapada, más repugnante.

¿Se prestará la bella Lise a este juego?

¡Pobres soldados, fieles a la causa de Napoleón, si se presta, porque el coronel Montander se ha enamorado locamente de ella!

Ellos viven confiados, ignorando este peligro. En el barrio en que tienen sus moradas, pues que todos viven unos cerca de otros, la población no se siente segura. Siempre andan por allí pero con miedo.

He aquí un policía que corre. Algo lleva de cuidado. Le ve un conspirador, le sale al encuentro, lucha con él, le arranca, al fin, de entre las manos un pliego y huye.

Ve luego, por la lectura de aquel pliego, que la vida del comandante Doguercau está en peligro. El subteniente Breuilly ha intervenido en el asunto a que aquel escrito se refiere. Doguercau se hace el firme propósito de provocarle, de matarle en duelo, como mató a otros muchos. Goglu, sin hablar, asiente.

¿Qué pasará cuando haya muerto el hombre que tiene relaciones con Lise, de la que se ha enamorado el coronel Montander? Y su muerte es segura. Todos los adversarios de Doguercau murieron.

¿Qué peligros pueden sobrevenir, de éste hecho, para los conspiradores?

Lise tiene relaciones con el subteniente; admira al coronel pero no le ama; la policía está alerta para aprovechar la influencia de la bella bailarina cerca del coronel. Cuando ella sepa que su amado ha muerto, ¿qué hará? ¿Se prestará a ser un instrumento de los que persiguen a los «media-paga»?

Es casi seguro que sí.

Los defensores de las águilas, van a empezar ahora, no cabe duda, uno de los períodos más penosos de su vida.

Montander no ha olvidado, ni por un momento, la causa que defiende, pero se ha enamorado. Un hombre enamorado es un ser débil, siempre a merced de los caprichos de la mujer amada y si esto no tiene importancia ninguna, en la vida corriente, si la tiene en las circunstancias en que él se encuentra y más aun si esa mujer se propone un fin ajeno al amor.

Si Lise se pone al servicio de la policía, Montander y los suyos están perdidos. Empezará entonces la agonía de las águilas, pues que ellos son sus últimos defensores.

VI

Los acontecimientos se precipitan. El peligro que amenaza a los conspiradores parece estar cercano. Se habla de su necesaria desaparición en todo el teatro, en donde se han apilado gentes de todas clases, que esperan impacientes la hora de que se levante la cortina para que empiece la función. Los palcos están totalmente ocupados por señoritas y por los oficinillos del nuevo ejército. Arriba, en la entrada general, confundidos con el pueblo, se encuentran los conspiradores.

Llegan el comandante Dogueriau y su fiel asistente Gogú que llaman la atención de todo el público. Toman asiento entre la multitud, en silencio.

Dogueriau viene dispuesto a hacerse el encontradizo con el subteniente Breuille y provocarlo, aunque para ello sea menester llevar a cabo cualquier disparate.

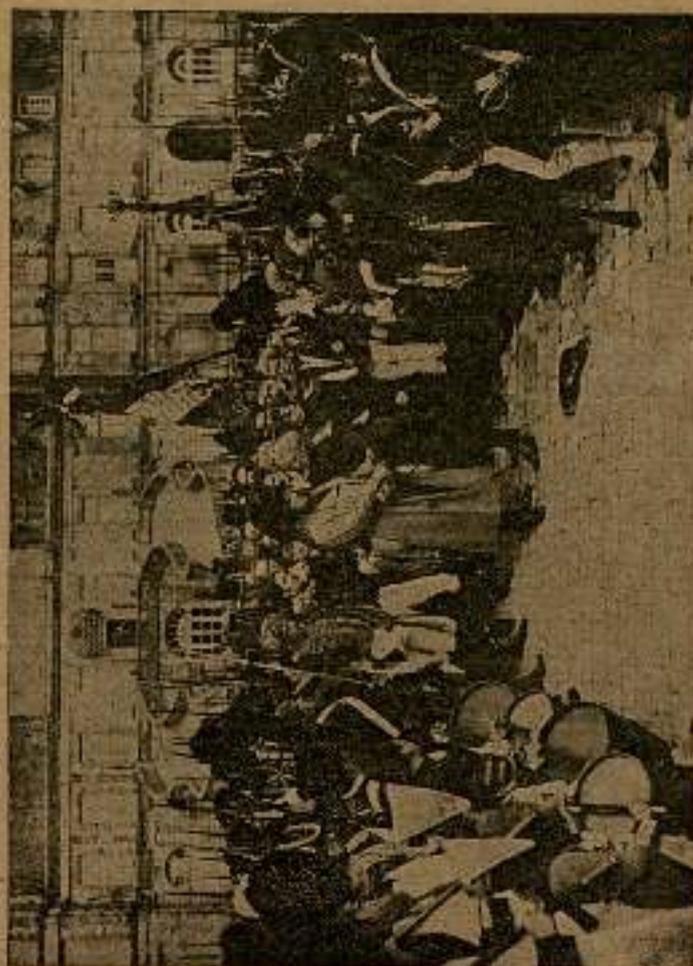
Empieza la función y un aplauso caluroso y entusiasta saluda a Lise, la célebre bailarina. Su celebridad es, en efecto, merecida. Baila de un modo maravilloso. Sus pies, alados, siguen el ritmo de la música de un modo perfecto, genial. Más que figura humana semeja, la bella muchacha, una creación de ensueño. Todo en ella, cuando danza, es música. Los movimientos de su cuerpo son perfectos, la expresión de su rostro es perfecta, la atención sostenida de todos sus sentidos puestos en la danza es perfecta. El aplauso, pues, nace, en todos los espectadores, espontáneo.

Nada más maravilloso que el cuerpo gentil de una linda mujer entregada a la danza. Adquiere la figura un relieve, una plasticidad y una armonía únicas. Lise, que ya es muy bella, realza su belleza, hasta un límite inconmensurable, cuando danza.

El coronel Montander, entusiasmado, ha arrojado a Lise, desde su asiento, una rosa. Breuille ha visto esta galantería del conspirador y en su rostro aparece una mueca de disgusto.

Mas, la función ha terminado. Empieza a desfilarse el público, y he aquí ya a Montander en el camerino de Lise, haciéndole a la bella muchacha juramentos de amor y promesas de futura felicidad.

Ella le escucha, al parecer complacida, y le ruega que vuelva al día siguiente, que quiere de nue-



vo que, con más tiempo, le cuente las conquistas que realizó en los campos de batalla.

El promete volver. Espera conquistar, en una victoria última el corazón de la bailarina.

He aquí como el amor, nacido en lo más profundo de la entraña del coronel, ha puesto a los pies de una muchacha, que quizá estará muy pronto al servicio de la policía, a un terrible conspirador, y, como consecuencia, a todos sus compañeros.

La fatalidad iba tejiendo los hilos de la tragedia para que esto sucediera así.

He aquí que Doguerreau, firme en su propósito, ha tropezado ya, expulso con Breuilly. Y le ha apartado de su camino con un fuerte empujón.

Ya está planteado el desafío; ya se han presentado, sin tardanza, por uno y otro adversario, los testigos; ya se ha señalado la hora, muy próxima, para el encuentro.

Breuilly tenía que asistir, precisamente a aquella hora, acompañando a Lise, a un baile de máscaras. Corre a decirle que no podrá ir. Se disculpa; un asunto urgente, un viaje imprevisto se lo impiden.

Ella no sospecha nada. Se despiden con un abrazo.

Pero poco después le comunican la noticia del desafío. Inquiera donde tendrá lugar; pregunta detalles. Solamente le dicen que el adversario de su amante es un conspirador. En seguida sospecha que pueda ser el coronel Montandér. Logra, al fin, enterarse en donde ha de tener lugar el encuentro y parte rápida hacia allá.

Doguerreau y sus testigos en un coche, y Breuilly y los suyos en otro, habían llegado ya al campo en que uno de ellos había de morir.

Es en el centro de un bosque tupido. Hay en

el ambiente una atmósfera cordial y acariciadora. El viento mueve los árboles y una brisa suave riza las verdes y floridas hierbecillas que crecen por doquiera adornando los troncos de los árboles. En una explanada, totalmente rodeada de viejos árboles centenarios, se preparan dos hombres para matar o morir.

Nada, sin embargo, invita a este sacrificio. El paisaje es bello; la hora es la del amanecer, fresca y deslumbradora. Más bien convidan, todas las cosas del contorno, árboles, luz, paisaje y suelo cubierto de hierbas, a vivir, a gozar, a estar alegres y satisfechos en plena naturaleza.

Ajenos por completo a cuanto les rodea, los hombres siguen sus preparativos de muerte. Ya están, de medio cuerpo arriba, desnudos. Ya han medido las espadas; ya se preparan para el asalto.

Los adversarios son, ambos, buenos espadachines. Los dos son, también, valientes. Pero los testigos de Breuilly no están tranquilos. Conocen la espada certera, mortal de Doguerreau. En cambio, los testigos de éste no tienen ninguna inquietud. Saben que el muerto será el otro.

Ya ha empezado el duelo. Se repiten los ataques, cada vez más peligrosos, más a fondo. Se percibe que Breuilly va a morir, porque Doguerreau le tiene ya cercado, cansado, agotado. En efecto; la espada del comandante se ha hundido en el cuerpo del amante de Lise, que cae, pesadamente, al suelo.

Parten Doguerreau y sus compañeros. Y un momento después, irrumpe en la pequeña explanada Lise, doliente y desesperada. Ha llegado tarde. Pero con tiempo al menos para dar un último abrazo a su amante y para cubrir de besos su rostro ya exánime.

Luego, transfigurada, habla del matador. Su

corazón le dice que ha sido el coronel Montander, y jura vengarse. ¿Por qué mienten así, con tanta frecuencia, los corazones?

La fatalidad, con este engaño del corazón de Lise, acecha a los conspiradores.

FIN DEL LIBRO PRIMERO

LIBRO SEGUNDO

LOS MEDIA - PAGA

I

En efecto; la tragedia empezaba. Lise era ya un instrumento de los enemigos de los «media-paga». Desde el momento en que ha visto a su amante muerto, desde ese instante en que juró vengarse, la vida de los conspiradores está en peligro. Porque amándola como la ama Montander, tiene en su mano todos los hilos necesarios para, de un modo rápido, acabar con él y con los suyos.

Acechará ella, indagará, sabrá cuándo todos están reunidos, cuándo elaborarán algún plan contra el régimen, y, entonces, los entregará, tranquila, a la policía. He ahí cómo la fatalidad temida, llega por sus pasos contados. Lo que acaso no habrían conseguido de Lise antes, por muchas que hubieran sido las proposiciones que se le hicieran, ahora ella lo hará voluntariamente, por propio impulso, por vengarse del coronel, a quien ella cree el causante de la muerte de su amante Breuilly.

Y ahora estaba cada día mejor el ambiente general hacia la causa que los conspiradores defendían. Llegaba, pues, el odio de Lise, en los mo-

mentos en que la propaganda de los «media-paga» empezaba a dar su fruto.

Siempre que se reunían los defensores del Imperio en los sótanos de la casa de Montander, llegaban nuevas noticias favorables a lo que les inspiraba y les alentaba. Ya hasta se atrevían, de vez en vez, a venir allí oficiales y soldados de los ejércitos del Rey Luis, que exponían su vida con tal paso, pero que lo daban, con la esperanza de trabajar así por la vuelta de un régimen más liberal que el que sufrían. Los hijos de gran parte de los viejos soldados de Napoleón, reclutas ahora, no se recataban tampoco en sus visitas a los sótanos donde se conspiraba.

De todas partes llegaban noticias alentadoras. Iba a madurar el fruto de tan largo y penoso trabajo. Todo les era propicio.

Pero ha nacido un amor en el pecho del jefe de la conspiración, y este amor es por una mujer que está dispuesta a vengarse de él... Todo será, pues, en vano.

He aquí al coronel Montander en sus habitaciones particulares. Escribe, medita, planea. En todos los muebles, medio abiertos, se ven papeles, muchos papeles que él va consultando y escondiendo después nuevamente.

Llaman. Es Lise. Entra, le sonríe, parece que le acaricia con su mirada. El, confiado, la recibe alegremente, sin cuidarse de ocultar los papeles que aun quedan por encima de alguna mesa, revueltos y en confusión.

Ella los ve. Disimula de un modo perfecto, como si no los hubiera visto. Habla con él, le finge cariño y en seguida, como si descubriera entonces la existencia de aquellos pliegos, escritos, se finge celosa, quiere verlos, leerlos, saber quién es la otra mujer que le quiere robar el corazón de él.

Y todo esto accionando, como sólo saben hacerlo las mujeres y más aún cuando están acostumbradas, como Lise, a hacer vivir, sobre los escenarios, todas las pasiones.

Montander se niega a que Lise lea aquellos papeles. Hay una pequeña disputa. Ella cede. No quiere que pueda nacer la menor desconfianza. Pero se ve que hará cuanto pueda, ante el menor descuido del coronel, por enterarse de lo que hay escrito en aquellos pliegos misteriosos.

El habla de Breuilly. Ha oído decir que ella le ha amado.

Lise protesta. Es una locura pensar que ella haya podido amar a aquel jovencuelo. Su único amor, el primero y el que será eterno, es el que le tiene a él, a su heroico soldado de Napoleón. Luego le ruega que le cuente historias de las batallas. Se advierte que no le agrada aquel giro de la conversación. Quizá teme, seguramente, no saber ocultar bien su pensamiento.

Pero Montander rehuye hablar de aquello que antes era su único tema de conversación. Y habla, por el contrario, de su amor. Llama a Lise su ensueño, su claridad, su perfume, su todo. Le dice que hablarle así es la más bella historia que él, pobre soldado, puede contarle.

Ella también sabe hablar de esto. Y viendo que con este tema hará suyo, por entero, al coronel, le dice que le quiere, por brusco, por arrebatado, por fuerte y por hermoso.

La escena es dolorosa. Tenemos de una parte a un hombre loco de amor, y de otra a una joven herida en sus más caras afecciones, que no rechaza ningún medio para realizar su venganza. Y vemos por estas causas a un hombre noble y franco, a merced de una joven, que en este momento se ha olvidado de su corazón, y que intriga para hun-

d'irlo, quién sabe si en los profundos misterios de la muerte.

Diciéndole «¡te amo!» se despide Lise. El coronel queda anonadado de felicidad. En su rostro, curtido por el sol de todos los climas, hay un destello de una alegría inmensa. Ella le ha dicho que le ama y le ha asegurado que volverá. Sueña. Y no es el pequeño Rey de Roma quien acude a su imaginación. Es Lise, quien se le aparece, propicia a dar y a recibir tiernas caricias.

En tanto, en la calle, Lise, agitada todavía por su entrevista con él, habla en secreto con unos policías que la esperan, a los que da órdenes concretas para el proyecto.

II

Han pasado unos días. Es de noche. Una noche oscura y tenebrosa. Por los alrededores de la casa de Montander no se ve ni un transeunte. Porque los pocos que andan por allí, a aquellas horas, no van tranquilamente por la calle. Se esconden de vez en vez, andan un poco, se esconden de nuevo y así hasta llegar junto a los muros de la casa solitaria, y hasta que entran calladamente en los sótanos, sitio de reunión de los conspiradores.

Esta noche sólo se reúnen los jefes; sólo los jefes saben el porqué de la reunión y sólo ellos tenían la orden de acudir a ella. Nadie más tiene noticia de este hecho. De aquí su silencio en entrar, de aquí sus precauciones al venir. Goglu es el único que, no siendo jefe está aquí. Pero ello es porque todos saben que nunca se separa de su comandante.

La policía, que siempre rodea el edificio, no está esta noche. ¿Por qué?

Algo misterioso debe haber tras de esta coincidencia. Pero los conspiradores ignoran si está o no la policía; suponen que han burlado su vigilancia.

El objeto de la reunión, alguien lo dice, es que ha de llegar aquella misma noche un pliego de Schoenbrun, con noticias concretas sobre un asunto del mayor interés para la causa. Se espera la llegada del emisario de un momento a otro. Y cuando llevan ya largo rato reunidos y el pliego no llega, empiezan a impacientarse. Pero callan, se calman y continúan esperando.

Arriba, el peligro se acerca. Han llamado a la puerta de la vivienda del coronel. Es Lise. El servidor de Montander que le abre le dice que su señor no puede recibirla. Pero ella insiste. Baja este hombre a llamar a su señor. Lise, entretanto, recorre varias habitaciones, hasta llegar al gran salón despacho del coronel, y, mientras espera, escudriña por todas partes, buscando, sin duda, alguna prueba acusadora.

Sube el coronel. Ya están juntos. Ella le habla de su amor, de que no puede pasar mucho tiempo sin verle y que por esto ha venido. Le dice, al parecer cariñosa, que su luz está en los ojos de él que su vida está asimismo en sus manos.

—Por esto he venido, por esto me quedo— dice en seguida.

Luego insiste:

—Si te mo'esto déjame sola. Me basta con respirar aquí, en esta habitación donde siempre estás tú. Vuelve si quieres a reunirte con tus soldados.

El se sorprende de que ella sepa que están allí sus amigos, pero ella, ladina, le muestra todos los

sombreros que, en efecto, están sobre otras tantas sillas de la habitación.

Montander, inquieto, no sabe cómo evitar que Lise continúe allí. Le ruega, en nombre de su amor que se marche. Pero ella no le escucha ni le atiende. Se sonríe, parece estar alegre, le dice palabras suaves y acariciadoras, pero no se marcha.

Su rostro, de pronto, se contrae. Ha oído ruidos lejanos, que sólo ella sabe lo que significan. Escucha, como indiferente, hasta convencerse de que lo que oye es lo que esperaba. El coronel también percibe ruidos extraños. Pronto tiene ocasión de enterarse de dónde provienen aquellos ruidos. Su casa está rodeada, por completo, de batallones de policía. Cuando ve esto, vuelve al salón y advierte que hay algo raro en el rostro de Lise.

Súbito lo comprende todo. La interroga, y ella, sin gran violencia, confiesa. Sí ha sido ella, a qué negarlo.

—Habéis matado a mi amante—dice,—y yo he querido vuestra muerte.

El coronel, ciego, se arroja sobre aquel cuerpo delicado, que es increíble que encerrara tal perfidia, y, cogiéndole el cuello con sus manos, tan dispuestas para acariciarla, la aprietan hasta que cae exánime sobre el suelo, como si estuviera muerta. Y hay en la boca de Montander un rictus de amargura infinita. Ha sufrido más él al acogotar a la joven que ésta bajo la fuerte presión de sus manos.

Los demás conspiradores se han dado cuenta del peligro. Ya están todos reunidos junto a una puerta que se abre para dar paso al prefecto de policía.

El coronel, dignamente, presenta a sus compañeros. Y ruega al prefecto que, cumpliendo su

deber, se descubra ante ellos, condecorados todos por el Emperador.

Luego le afirma que no se rendirán. Están dispuestos a morir, pero no a rendirse.

Sale el prefecto y ellos bajan al sótano. Nada de proceso, ni de degradación, ni de fusilamiento.

—Este cuarto, camaradas—dice el coronel,—es tan grande para nosotros como Waterloo.

Gogió ha preparado un barril de pólvora y sólo espera la orden de encenderlo, para morir ellos con la explosión.

Todos están tranquilos, indiferentes. Se dijera que se preparan para asistir a una fiesta y no para morir, como es, en realidad, para lo que están preparados.

Alguno muestra un retrato del pequeño hijo del Emperador y todos tienen para él frases cariñosas, llenas de ternura. Se despiden de él apenados, como si fuera él el que había de morir y no ellos.

Doguereau ha subido al salón a buscar alguna cosa olvidada y ha descubierto, tendida en el suelo, a Lise. Para este hombre rudo, que sólo había tenido un amor, la gloria militar, aquella mujer fué una revelación.

Bajó corriendo al sótano. Cuando llegaba a la puerta, oyó que el coronel ordenaba:

—Gogió, enciende.

III

Pero Doguereau pudo gritar aún, con tiempo suficiente para evitar la catástrofe:

—Contraorden. Nos rendimos.

El coronel fué el primero en preguntar por qué y con qué derecho les robaba la muerte.

Doguereau habla de aquella mujer que hay allí.

El coronel le contesta que es ella precisamente quien los ha vendido.

—Y yo—añade,—vuestro jefe, yo, su cobarde amante, debo mostrarme implacable.

El comandante no se convence.

—Ella moriría al morir nosotros y eso no debe ser—dice. Y después agrega: —¿Sería posible? ¿Matar a una mujer, nosotros, soldados de una causa tan alta?

Las palabras de Doguereau están tan henchidas de calor de humanidad, que todos asienten y se conforman a no morir, a rendirse. Suben. Llegan a la habitación en que está Lise, la cual vuelve en sí y se abraza, inconsciente, a las rodillas de Doguereau.

Se dijera que alguien le había dicho que aquel hombre acababa de salvarla de la muerte, aquel mismo hombre que había sido el que acabó con la vida de su amante...

Todo en la vida está enlazado de un modo absurdo y confuso. ¿Qué sentimientos habrían sido los de Lise si hubiera podido saber, en aquel momento, que aquel hombre le acaba de salvar la vida y que él mismo había sido quien dió muerte a Breuille? ¿Qué habría pensado ante estas dos acciones, la una de dolor para ella y la otra merecedora de tanta gratitud?

—Toma a esa mujer—dijo Doguereau al coronel.—Debes llevar contigo tu falta.

Y así se entregaron a las fuerzas que rodeaban la casa, aquellos bravos hombres, aquellos valientes que eran los últimos defensores de las Águilas Imperiales.

Cuando se extendió por París la noticia de estas detenciones, el alma popular se sublevó indignada. Una multitud abigarrada corría y gritaba

por las calles de la gran ciudad, sin saber fijamente lo que gritaba. El espectáculo hacía recordar, por su semejanza, el de aquellos días en que llegaba la última noticia de alguna victoria de las tropas napoleónicas. Todos se hacían entonces partícipes de las glorias del Emperador y todos ahora querían tener una parte de honor, en la causa por la que iban a ser sacrificados aquellos conspiradores que ellos elevaban a la categoría de mártires.

Pocos días después fueron juzgados. Las declaraciones de todos, desde la del coronel a la de Gogló fueron de una dignidad sorprendente.

En efecto; vedlos aquí, en el banquillo de los acusados, con una tranquilidad y una serenidad ejemplares. A medida que van siendo nombrados, responden con sus nombres, hazañas y condecoraciones, altivamente, orgullosamente, como despreciando a sus juzgadores.

El procurador general se extiende en las consideraciones que son de rigor en estos casos. Acusa implacable, duramente. Los procesados sonríen. Gogló se duerme. Tan indiferente le es cuanto puedan decir.

Desfilan los testigos, policías vulgares, que nada de interés añaden al proceso. Se espera impacientemente a la testigo Lise Charmey. Pero un hijer entra a decir que Lise se ha desmayado.

Mas un momento después, Lise, vuelta en sí, entra en la sala. Lleva impresa en su rostro la huella de un dolor profundo. Se ve que está atormentada, abrumada. Una lucha tremenda se ha verificado en su alma. Una lucha que la ha dejado agotada, maltrecha, casi deshecha. Una voz misteriosa y de matices maravillosos ha surgido en lo más íntimo de su conciencia; una voz que le era desconocida; y ella se ha estremeído al oír el llamamiento de aquella voz.

Se acerca temblorosa al tribunal y con palabras conmovidas, que nacen en lo más puro de su alma de mujer, que tiene ternuras de arrullo, dice:

—¡Apiadaos de ellos! ¡Se apiadaron de mí, que los traicioné!

Va a tomar ahora la palabra el defensor, pero los procesados lo rehusan. No quieren ni piedad ni justicia. ¡Lo tienen ya preparado todo para morir!

El tribunal, pues, se retira para deliberar y vuelve en seguida con el veredicto.

Se condena a cadena perpetua, en un recinto fortificado, al comandante Thierry, y todos los demás son condenados a muerte. Thierry es el ciego. No le matan, sin duda, por esto. Pero él estaba ya preparado contra esta probabilidad y grita:

—Sólo admito una prisión: la muerte. ¡Viva el Emperador!

Y rápidamente se tomó un veneno.

Le cogen sus compañeros, ya muerto, y salen de la sala. Bajan por la escalera con el cuerpo de su camarada. Van serenos, seguros de sí mismos, tan tranquilos como siempre.

Les sale al paso Lise que, abrazando al coronel, le pide perdón. Este la rechaza, con rencor y con pena.

Una tristeza profunda cruza por todos los rostros. Esta mujer tan bella, doliente y angustiada, eleva una mirada al cielo y luego otra a los condenados. Gran parte de su alma se va, destrozada, con los que van a morir.

IV

Es la hora del alba. Un amanecer henchido de frescura y de esa luz tan pura y tan límpida de las primeras horas del día. El ambiente de silencio

que reina en la prisión, parece augurar el acontecimiento terrible que se acerca. Van a ser fusilados los conspiradores.

Ya salen de sus encierros. Ya los conducen al patio donde han de morir.

Lise ha logrado llegar hasta el coronel, en uno de los pasillos de la prisión. Nuevamente se abraza a él y nuevamente insiste en sus ruegos de que le perdone. Y nuevamente el coronel la rechaza. Pero ahora está aquí, a su lado, el comandante Doguereau, el hombre íntegro, de una pieza, que parecía inmovible.

Y ésta coge a la muchacha cariñosamente y pone una de sus manos en una mano de Montander y luego, con la mirada, sin decir palabra, indica a éste algo que es, que debe ser un deber. Les va empujando poco a poco el uno hacia el otro, hasta que se abrazan y se besan. Lise está transformada. Ha visto, en aquellos besos, el gran amor de que había sido objeto; ha visto una luz maravillosa en los ojos del coronel; ha visto hasta qué punto aquel hombre la había idolatrado. Y ella, casi inexistente de tanto como sufre, le ha besado a él con besos extraños, como pudiera haber besado al ser más extraordinario y más digno de admiración y de reverencia. Todo su cuerpo ha vibrado, como si fuera a romperse, en una contracción dolorosísima. Está como exhausta. De sus ojos, tan grandes, manan, como de una fuente el agua, lágrimas ardorosas y quemantes, que dejan un surco profundo en sus mejillas.

Luego mira con gratitud infinita al comandante y se aleja. Va llorando. Todo su cuerpo tiembla. Acaba de despedirse de dos seres extraordinarios.

Cuando ya está en la calle, no acierta a marcharse y se acerca a una gran reja en la que el público se va aglomerando. Pronto logra tener un

sitio en la delantera. Cogida a los hierros, pálida y triste, espera...

Los condenados están ya en el patio destinado a la ejecución. Continúan tranquilos, como si no fueran a morir. Si existe, en verdad, el heroísmo, estos hombres son héroes. El uno come, el otro se arregla el bigote, el otro fuma... La terrible muerte, que ya está tan cercana, no les aterroriza. Hasta sonríen de algunas bromas de Gogli que está de muy buen humor.

Los soldados preparan sus fusiles. Son jóvenes que están temblorosos, horrorizados de aquella tragedia en que tan dolorosa parte les toca. Y les asombra la calma de los hombres que van a morir...

Ya van a disparar. Pero he aquí que ocurre un fenómeno extraño e inexplicable. Por entre ellos y la pared sobre la que están los condenados, pasa un desfile marcial de tropas, al frente de las cuales va Napoleón.

Y sus fusiles no dispararon. Algo se había interpuesto. El coronel Montander comprendió lo sucedido y dijo al jefe que mandaba al pelotón que debía traer, para fusilarles, a otros soldados que no fueran franceses: a la guardia suiza.

Y se llevan a aquellos muchachos, sin duda para castigarles, y pronto llegan los otros, los de la guardia suiza, indicados por Montander.

Suena una descarga y tres hombres caen a tierra muertos. Fuera, en la reja, el público se conmueve, y por el rostro de Lise, palidísimo ahora, pasa un dolor indescriptible.

Suena otra descarga y mueren los otros tres hombres, entre ellos Doguereau que se ha vuelto rápidamente de espaldas para que las balas no estropeen el rostro que Napoleón, en un día memorable, había besado.

Fuera, la multitud se conmueve aun más. Y una bella mujer, Lise, cae al suelo sin sentido. Su pobre alma atormentada, no ha podido resistir por más tiempo.

Hay en su rostro una palidez mortal. Las gentes caritativas la rodean, la recogen del suelo. Apenas si se siente el peso de su cuerpo. Tan frágil es; está ya consumido por los más crueles, tenaces e intensos sufrimientos. ¡Pobre flor tronchada por una tragedia en la que la fatalidad te ha hecho representar un papel terrible! ¡Doliente alma femenina tan amada y tan idolatrada por uno de los hombres que han muerto! Tu sufrimiento te redime. Aquellos hombres han visto cómo sufrías y te han perdonado...

En el patio, sobre los seis cuerpos muertos, reina un profundo silencio. Han desaparecido los últimos defensores de las águilas. Muerto está lo que quedaba del Imperio.

Y allá, en Austria, se cierran para siempre las rejas de la prisión en que está el hijo del Emperador.

FIN

El próximo número lleva por título

LA CASA DEL MISTERIO

TIP. COSTA.—BARCELONA

FIGURINES DE MODAS

Las más elegantes, las más prácticas, las preferidas por el público de buen gusto, son las siguientes:

Album de Bal	Anual	10'—	pts.
Blouses Artistiques	Temporada	5'—	"
Blouse Ideal	"	2'50	"
Chapeaux Modernes	4 veces año	3'50	"
Ideal Parisien	Mensual	3'—	"
Joie des Modes de Paris	Temporada	4'—	"
Mateaux et Costumes de Promenade	"	3'—	"
Mode de Paris	"	3'—	"
Mode Nationale	Mensual	1'25	"
New Ladies Fashions	10 veces año	6'—	"
Patrons Favoris Dames	Temporada	3'—	"
Patrons Favoris Ceremonies	"	5'—	"
Patrons Favoris Blouses	"	5'—	"
Patrons Favoris Enfants	"	3'—	"
Patrons Favoris Lingerie	"	5'—	"
Patrons Favoris Gentlemens Fashions	"	5'—	"
Patrons Favoris Tailleur	"	5'—	"
Patrons Favoris Travestis	Anual	5'—	"
Paris Chic	Mensual	5'—	"
Toilettes d'enfants	Temporada	2'50	"
Toilettes Modernes	"	2'25	"
Ultima elegancia	"	1'25	"
Tres chic	"	4'—	"

Estos títulos no necesitan encomio; figuran a la cabeza de sus similes y su difusión es luminosa entre la verdadera elegancia del mundo entero. — Descuentos convencionales a los señores correspondientes y libreros.

Pedidos acompañando su importe a **Publicaciones Mundial**, Barbadá, 15. Apartado 925 — Barcelona